

La chica del balcón corrido

Ha muerto esta morenilla de mi quinta aludida en todos los escritos de la calle de la Estación. Ella y la Dolores Toboso fueron las dos clavellinas de la calle, cada una en un extremo, como emblemas floridos de sus entradas, en una época que la Tarsileta paseaba por ella su arrogancia doscientas veces al día. Todas figuran en esta obra por derecho propio como recuerdo entrañable e inolvidable de un tiempo y de un vecindario que no me canso de rememorar.

A los muchos años la recordé con motivo de estos libros y la ví unida a la Genara del Ratón, cuya andada —Paquita Oller— me trajo recuerdos alguna vez. Muerta esta también, no sé quién me ha mandado su recordatorio, pero el hecho de haberlo recibido es bastante para comprender y agradecer el recuerdo de la Micaela transmitido a la persona que la acompañara y que merece toda mi consideración, mi respeto y mi gratitud.

Las heridas de la vida y la prolongada separación, que implica desconocimiento y duda, hicieron que nuestras relaciones últimas no fueran tan frecuentes como antes, pero los dos conocíamos nuestro sentir y la bondad de su inclinación.

Su recordatorio me ha impresionado grandemente y me complace hacerlo constar aunque haya cambiado la calle y sean pocas personas las que la recuerden. ¡Pobre Micaela!

«¿Quién te llevó de la rama,
que no estás en el rosal?»

De quinceña fué una verdadera muñeca y conservo aquella imagen porque después solo la ví una vez en el tren, tan quebrantada, que de no ir con la Genara no la hubiera reconocido.

Aquello fué como el viaje del tren expreso: Córdoba, el Brillante, la Tendilla, el Gran Capitán...

«Aquel fantasma soy que por gustaros,
juró estar viva a vuestro lado un día».

Cuántos episodios novelescos guarda el Paseo alcazareño que se perderán por falta de amor de sus moradores.

«¡Nunca olvidéis a esta infeliz amante
que os cita cuando os deja para el Cielo!
¡Si es verdad que me amásteis un instante,
Llorad, porque eso sirve de consuelo!...